

Semblanza de un jordaniano integral: fray José de Jesús Sedano González¹

Por Alberto Cárdenas Patiño²

El pasado 31 de diciembre de 2018, se trasladó definitivamente al Reino de su esperanza nuestro queridísimo maestro fray José de Jesús Sedano González, quien supo transmitirnos su espíritu dominicano y su entusiasmo jordaniano.

En abrazo espiritual, tomamos prestados los versos que él mismo nos enseñó del hermoso poema a Lincoln, “Oh Captain! My Captain!”, de Walt Whitman:

¡Oh Capitán! ¡Mi Capitán!

nuestro azaroso viaje ha terminado.

Al fin venció la nave

y el premio fue ganado³.

Envejecer juveneciendo

Desde hace tiempo llevo conmigo una bella página del padre Sertillanges, escrita hacia 1948, pasados sus 84 años, la que parece hacerse eco del optimismo de Cicerón en su *De senectute*. Retendré algunas líneas en salteo:

Cuando mis jóvenes amigos me preguntan: ¿cómo hace Ud. para conservar a los 84 años la juventud del espíritu y del corazón?, les contestó: He aquí mi secreto: tener siempre algo que amar, algo que proyectar, algo que hacer... Un hombre que cesa de trabajar es un hombre perdido... Deberíamos rejuvenecer siempre los herederos de esa juventud

¹ Las siguientes páginas fueron leídas en 2013 en presencia del padre Sedano, en la iglesia de Cristo Rey, en Bucaramanga, con ocasión de su 91 cumpleaños, celebrado por la Fraternidad Laical Dominicana Jordán de Sajonia.

² Prior (e) de la Fraternidad Laical Dominicana Jordán de Sajonia. Miembro del Grupo de Investigación Raimundo de Peñafort de la Facultad de Derecho de la Universidad Santo Tomás. Correo: carloscardenass@usantotomas.edu.co

³ Whitman, Walt, *O Captain! My Captain!* Clarkston, The Street Irregular Press, 2014.

eterna que es nuestro último fin. Sería esa la manera de alcanzarla sin tropiezo y de entrar en ella con toda naturalidad.

Para el cristiano la vejez no es un retroceso de lo que excita y retiene con apremio nuestra ansia de vivir. Al contrario, es un aumento y una confirmación de la esperanza; es la proximidad de lo que no eran sino anuncio y prefiguración de los años de la vida ardiente; es la aparición de la tierra tras una larga navegación; es el velo de la ilusión que se desgarró revelando las supremas realidades; la vejez es la proximidad de Dios.

El invierno de los hombres (está) encaminado hacia la primavera eterna... La más bella de las estaciones es, sin duda, la que lleva más esperanza, y la esperanza de la inmortalidad es el privilegio de este invierno: la vejez...

En el fondo, nuestra alma, aún entorpecida en sus facultades por las enfermedades de la vejez, sigue enriqueciéndose con tal de que se mantenga su buena voluntad, y que se deje inspirar por un ideal superior. Puede crecer sin cesar, su obra nunca se acaba.⁴

Estoy convencido de que fray José de Jesús Sedano, el capitán del barco de la primera gran travesía de nuestra vida, que nos aprestó para darle a esta rumbo definitorio (entre la pubertad y la adolescencia), ha vivido hasta hoy, ya nonagenario, como afirma Sertillanges, “teniendo siempre algo que amar, algo que proyectar, algo que hacer”. Por eso, en todo el curso de su longevidad, ha seguido “enriqueciéndose, creciendo sin cesar”, con ánimo siempre joven,

⁴ Antonin Dalmace Sertillanges, *Anales de la Provincia de San Antonio*, Año VII, N.º 81, Bogotá, octubre de 1984, págs. 221-222.

cargado de contagioso optimismo y de capacidad creativa o innovadora.

De lejos y en diáspora (o en la eternidad), sus antiguos grumetes vivimos enterados de que nuestro sabio capitán, en su retiro de Cristo Rey en Bucaramanga, sigue enseñando, escribiendo, publicando, continuando las tareas formativas que inició con nosotros hace más de sesenta años, cuando nos marcó con la impronta jordaniana.

Hacia una pedagogía interactiva de la respuesta

Fray José de Jesús Sedano, joven treintañero, mayor unos veinte años, más o menos, de la mayoría de los miembros de la fraternidad jordaniana, nos recibió en 1954 para estrenar el edificio del nuevo Colegio Jordán de Sajonia, requinternado especie de invernadero aislante que debía marchar —según expectativas paternas o maternas— con disciplina cuasicastrense para domesticar e “institucionalizar” a muchachitos indóciles. Los “chinos” escogidos éramos de origen rural o pueblerino e, incluso, ciudadano, especialmente de los Santanderes, Boyacá, Cundinamarca y Antioquia, amén de algunos cachacos.

Nuestros padres esperaban que viviéramos en un ambiente educativo que “nos formara para la obediencia”. Pero el fogoso santandereano de Bolívar pensaba otra cosa. Su temple de educador estaba marcado por la pedagogía liberadora de sus maestros franceses, en especial del padre Gabriel María Blanchet Nicout, maestro de novicios; y había recibido la influencia de la filosofía educativa tomasiana en la Universidad Santo Tomás de Roma (de donde es doctor), acendrada por los nuevos aires del famoso Studium Generale dominicano de Le Saulchoir,

cuyos maestros más destacados desempeñarían un papel protagónico en el liberador Concilio Vaticano II.

Con claridad dominicana y tomasiana, fray José de Jesús tenía en mente educar para estimular las preguntas vitales y para promover la capacidad personal de respuesta, no precisamente con el fin de domeñar las voluntades para la obediencia pasiva.

Pero su proyecto educativo no era solo producto de las ideas y de los modelos asimilados en su formación adulta, ni opción audaz de última hora. No. Las influencias recibidas por el joven fray José de Jesús arraigaban en el humus de la formación familiar, que traducía el espíritu idiosincrásico de su región, expresado en el lema del escudo de Bucaramanga, aplicable a todo Santander: *Montani Semper Liberi* (montañeros siempre libres). *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur* (lo que se recibe se recibe a la manera del recipiente)⁵.

Había connaturalidad entre su carácter y su utopía pedagógica, que pronto debía hallar “topos” o realización espacio-temporal en el laboratorio piloto Colegio Jordán de Sajonia, para convertirse, por varios años, en “eu-topía” o feliz realidad convivencial en la sobria pero acogedora arquitectura colegial.

Imbuido, por convicción profunda, de los principios de la filosofía educativa tomasiana, el maestro-líder fray José se inició como rector en el Colegio Jordán de Sajonia, persuadido de que la acción y el clima educativos debían evitar dos extremos, como sugería el Aquinate⁶: el autoritarismo determinista de la opción pedagógica de los filósofos musulmanes, según la cual el niño y el joven son seres-para-la-sociedad y dependen de la acción adaptadora del maestro, que transfiere sus saberes al vacío y

dócil educando; y el espontaneísmo de corrientes platonizantes, de acuerdo con las cuales niños y jóvenes son seres-para-sí, pre-formados, que necesitan hacer brotar sus germinales dotes, sin interferencias, ojalá sin intervención educativa externa, o reducida a favorecer los impulsos originales de las pequeñas subjetividades, a fin de garantizar “el libre desarrollo de la personalidad” como “libertad de indiferencia”.

El realismo tomasiano prefería afirmar que los educandos deben integrarse a la vida social, a la que tienden por naturaleza, pero que no pueden hacerlo productiva y creativamente, sin alienación, sino en la medida en que sean guiados como seres-para-sí, en convivencia motivadora que encauce y peralte las distintas capacidades y energías, los diversos dinámicos vitales.

El educando tomasiano-sedaniano debía crecer hasta el “estado de hombre perfecto” (como proponía el Aquinate); esto es, hasta alcanzar la capacidad de ser *Sibi ipsi et aliis providens*⁷ (providente para sí mismo y para los demás). O se forma para la obediencia, reclamada por el despotismo, o se forma para la libertad anárquica, condición del liberalismo individualista, o se forma para la libertad responsable (del latín *spondens*, el que promete y se obliga). De esa manera, se va consolidando un “querer” comprometido con los rumbos comunitario y social, demanda del “personalismo cristiano”, especialmente en su versión dominicana de acción por el derecho y la justicia.

O magistro-centrismo, o paido-centrismo, o cooperación e interacción magistro-estudiantil. Esta última fue la opción sedaniana que inspiró un modelo de relación pedagógica de promoción de potencialidades personales, mediante el diálogo afectuoso entre la generación adulta y los pibes que éramos

⁵ Axioma escolástico clave en la antropología, la ética y la pedagogía tomasianas.

⁶ S.T. I, q. 117, a. 1.

⁷ S.T., I-II, q. 91, a. 2.

nosotros. De modo que nuestro requinternado se convirtió en mundillo propicio para requintar la conquista de nuestras libertades, según temperamentos, caracteres y aptitudes en evolución, sin indiferencia frente a las exigencias condicionantes del contexto comunitario y social.



“Fray José de Jesús Sedano en su juventud como temprano educador de los dominicos”.

Nuestro joven rector sabía que la libertad no es un don o concesión externa, idéntica para todos, sino una experiencia personal de autoafirmación, en ambiente adecuado para la iniciativa y la *inventio* (búsqueda y hallazgo), más allá de los caprichos. Se

pueden conceder libertades en abstracto, como en algunas escuelas paido-céntricas, pero eso solo brinda oportunidades comunes, que no liberan por sí mismas. Se convierten en libertades auténticas, como hábitos volitivos operativos, a condición de que cada uno sea guiado hacia el uso independiente de la propia razón, iluminadora del propio querer, decidir y actuar.

Sedano pensaba que sus alumnos no llegábamos sin luz personal, vacíos. Por eso su pedagogía partía de lo que ya sabíamos antes de ingresar a las aulas. Le gustaba aludir a la etimología del término *alumno*, del verbo latino *alere*, que no significa “falta de luz”, como divulgan algunos pedagogos famosos, sino “necesitado de la ayuda de otro” para ir dando los primeros pasos. Nos hizo aprender los versos del paisa Gregorio Gutiérrez González, para comparar al alumno con el cocuyo que se va alumbrando entre las sombras:

No hay sombras para ti. Como el cocuyo

El genio tuyo ostenta su fanal;

Y huyendo de la luz, la luz llevando,

Sigue alumbrando

Las mismas sombras que buscando va.⁸

Formación para la democracia dominicana

En coherencia con su profesión en la Orden de Predicadores, el padre Sedano quería prepararnos para vivir el régimen democrático que había ideado

⁸ Latino Poemas, “Gregorio Gutiérrez González: ¿Por qué no canto?” [en línea]. Dirección URL: <<https://www.latino-poemas.net/modules/publisher2/article.php?storyid=1475>> [Consulta: 18 de mayo de 2019].

Santo Domingo en el siglo XIII, inspirado por el principio heredado del derecho romano: “lo que a todos atañe, por todos debe ser tratado y decidido”⁹.

Para poner por obra la preparación para la democracia dominicana en su modelo educativo, el entusiasta fray José, tal vez inspirado en el modelo medieval de la *universitas studentium*, o corporación estudiantil autónoma, convirtió nuestro colegio-seminario en una Asociación Juvenil Dominicana (AJD), bajo el lema convocador en torno a la idea de bien común: *Stemus simul* (permanezcamos firmes y juntos), con lo cual los jordanianos nos convertimos en socios libres y superamos el verticalismo de los consabidos “requinternados”, en cuyo seno contaban poco o nada las inteligencias y las voluntades de los congregados.

Éramos, pues, sujetos emancipados que habíamos hecho un “contrato social” para asociarnos en torno a comunes intereses de aprendizaje: de formación cristiana, cognoscitivos, culturales, lúdicos, estéticos, etc., y de micropolítica cotidiana.

Estábamos llamados a constituirnos en Asamblea General, poder soberano que nos confería el derecho a elegir y controlar un cuerpo ejecutivo, integrado por un presidente y un órgano colegiado (Central Coordinadora) de secretarios o ministros, cabezas de comités especializados: de liturgia, de biblioteca, de equipo de sonido y música selecta, de deportes, de excursiones, de vacaciones, de salidas ciudadanas, de “disciplina”, de aseo y ornato, etc. La Asamblea se reunía un sábado cada mes en el llano que había donde hoy es la cafetería del colegio.

De la noche a la mañana, sin experiencia codeliberativa o codecisoria previa, se nos puso en condicio-

nes de ejercer acciones de democracia directa y de democracia representativa. El rector del Colegio Jordán de Sajonia y sus frailes colaboradores adoptaron una actitud de respetuosos observadores, sin declinar sus competencias de control, y nos dejaron actuar.

Es justo recordar los nombres de quienes conformaban el equipo sedaniano, que no querían fungir sino como “asesores” de los niveles de la organización: Central Coordinadora de todas las actividades colegiales, seccionadas por tipos de actividad en todo el colegio, hasta las “células”, que coordinaban las actividades de cada curso. Convencidos de los fines del proyecto educativo y entusiastas colaboradores fueron fray Domingo Claro, fray Luis Carlos Perea, fray Jordán Rojas, y los hermanos cooperadores Reginaldo Argüello, Enrique Cubillos (más tarde sacerdote), José Parra, etc.

Si una idea-fuerza no encarna en varias inteligencias y voluntades (*stemus simul*), de tal modo que se convierta en proyecto compartido, las ideas de uno solo quedan estériles. Tales ideas, para hacerlas eficaces, deben pasar a voluntades en comunión, con fuertes vínculos de amistad, capaces de actuar en sinergia convergente sobre el tejido social. Así operó el equipo de fray José.

En ejercicio de nuestra capacidad democrática, elegimos, por sufragio universal, a varios presidentes y secretarios. No recuerdo sino a dos presidentes: Álvaro Galvis Ramírez, inteligente y creativo, con grandes dotes administrativas, que ya lo preparaban para su futura rectoría en la Universidad Santo Tomás. Fue legitimado dos veces por la Asamblea. El segundo presidente fue Noé Ardila, a quien, por algunas acciones despóticas, el pueblo jordaniano le revocó el mandato.

Dados los riesgos de abuso del poder por parte de los presidentes, que consolidaron cierto auto-

9 El principio —tomado del Código de Justiniano L. V, Tít. LIX.— aparece implícito o explícito en la historia constitucional dominicana. La Constitución de 1969, que reemplazó la de Gillet, de 1954, trae la formulación del quinto maestro de la orden, Humberto de Romanis: “El bien aceptado por todos es promovido con rapidez y facilidad” (C. I, a. I, 6).

cratismo, los “asesores” resolvieron que no hubiese ejecutivos omnímodos, sino apenas secretarios generales, mandatarios controlados por la Central Coordinadora, supervisada de cerca por los frailes directivos. Recuerdo a dos secretarios: Javier Lopera y Edelberto Blanco, muy ceñidos a las consignas del órgano colegiado.

Debíamos aprender la práctica de la democracia en todos los niveles, lo que significaba poner en común las inteligencias (para la comprensión de las situaciones —ver—), las razones (para argumentar con corrección —juzgar—), las voluntades (para decidir propósitos y acciones valiosos —actuar—) y los lenguajes (para la comunicación transparente sin equívocos). Luego, cada uno votaba con autonomía más o menos lúcida. El equipo sedánico aplicaba los tres pasos de la razón práctica del “Tratado de prudencia” de la *Suma teológica* (II-II, 47, 8 c).

Los frailes del equipo de educadores mencionado, dentro de su común ideal dominicano, expresaban sus personales estilos con apertura a otras espiritualidades. De ese modo, el dominicanismo de la comunidad colegial, fomentado por la comunión explícita y reiterada con los grandes modelos de la orden —Domingo, Jordán, Raimundo, Humberto, Jacinto, Alberto, Tomás, Pedro, Eckart, Suso, Taulero, Catalina, Vicente, Antonino, Jerónimo, Martín, Rosa, Las Casas, Vitoria, Luis de Granada, Luis Bertrán, Lacordaire, etc.— recibía aportes de diferentes tradiciones espirituales, acogidas con simpatía: salesiana, claretiana, eudista, monfortiana, jesuita (de reojo), franciscana, agustina, carmelitana, mercedaria, trapense, cisterciense, etc.

Las lecturas comunitarias nos traían ecos de esos estilos de vida cristiana que nos enriquecían y preparaban para no caer en un “sectarismo” dominicano. Y no hay que olvidar las variadas influencias (controladas) de religiosidad popular. Nada impedía alimen-

tar nuestra vocación de beligerancia por la Verdad y de acción apostólica lúcida con otras aportaciones, insistiendo más en la convergencia que en las diferencias. El equipo directivo estaba convencido de que la solidez de la racionalidad dominicana estaba en capacidad de asimilarlo todo, con claro discernimiento.

La “minirrepública” del Colegio Jordán de Sajonia marchó con aceptable éxito, aunque hubo momentos en que oscilaba entre el despotismo y la anarquía, situaciones en las cuales el rector o su prefecto debían intervenir dialogalmente para corregir rumbos. (*La ultima ratio* estaba simbolizada por el “juanjosé” de cuero retorcido, que colgaba polvoriento detrás de la puerta de rectoría.) La época autorizaba el ejercicio —presuntamente delegado por los padres de familia— de cierto grado de coerción (freno) o de coacción (impulso) por la *via timoris*. Parece que el rector prefería vapularse a sí mismo por sus ingenuidades en el “dejar hacer”.

Didáctica interactiva

Pero no solo el régimen colegial era expresión de la opción pedagógica tomasiano-sedaniana, de interacción cooperativa entre las inteligencias y las razones de la generación joven y las de la generación adulta. También la didáctica comprometía al estudiante y lo convertía en protagonista de su propio aprendizaje, sin desechar el servicio externo e instrumental de los maestros.

Cuando en segundo de bachillerato fray José de Jesús era nuestro titular de Francés, nos convenció de que las lenguas muertas y las vivas podían aprenderse leyendo, con la intervención semipresencial del profesor. No creía que había que empezar a hablar lengua ninguna, pues, según él, eso no era posible sino en el originario ambiente interparlante de cada

una, y por lo pronto lo que necesitábamos era un instrumento de aproximación lectiva a una cultura determinada.

Nos entregó un pequeño cuento de hadas en francés (de unas doce páginas) a cada uno, con un diccionario *Mikrón*, que cabía en el monedero del pantalón, y nos pidió traducir, traducir y traducir. A mí me correspondió intentar despertar a *La bella durmiente del bosque*. Él vendría cada mes a absolver dudas. Podíamos ayudarnos de las gramáticas de la biblioteca o consultando a frailes que leían en francés, y contrastando, si era necesario, la propia y rudimentaria comprensión del mundo narrado de nuestras inseguras traducciones con las clásicas versiones autorizadas, en español, de los cuentos correspondientes.

Coherente con sus principios, el padre Sedano pensaba que cada alumno tiene su propio ritmo de aprendizaje y que no había que desesperar ni de los dormidos ni de los lentos (todos éramos cocuyos con distinta intensidad autolumínica). A Santo Tomás lo llamaban “buey mudo”, y después mugió más fuerte que todos. Estaba convencido de que “cada uno puede lo que puede”. Por ejemplo, cuando se introdujeron las coprogramáticas, para los que no podían con la clase de dibujo, se inventó un taller de caprichos y arabescos, en el que se utilizaban alicates y alambre, que bautizó “estilo in-alámbrico”, además de los ensayos de pintura libre. Como Sedano se consideraba mal dibujante, decidió que él era el “más apto” para dirigir el taller, del que salieron varias exposiciones de objetos originales e insólitos, y aun pinturas de neocubismo o neoexpresionismo.

Los pasos de la didáctica sedánica se inspiraban en el método dialéctico tomasiano, dirigido a estimular la capacidad de respuesta del que aprende: a) pregunta abierta; b) respuestas libres de *sic et non*; c) cargada amistosa; d) “vamos a ver... sí, sí, tienen razón, es posible”; e) luego venía su entusiasta exposición

personal, en tono de tanteo, salpicada de sedanismos (neologismos inventados sobre la marcha) y aprovechando algunos de los “aportes” más inteligentes; f) nuevas preguntas sobre su exposición, seguidas de diálogo o debate, sazonados con uno que otro: “¡Ah, caray!”, ante afirmaciones peregrinas o insólitas.

Con idéntica intención de estimular nuestra capacidad de respuesta, algunos profesores, especialmente el padre Campo Elías Claro, hermano de fray Domingo, utilizaba una metodología análoga a la sedánica: como profesor de literatura, nos hizo pasear, con sencillez y diligencia, por la geografía histórica de las literaturas universal, española e hispanoamericana, resaltando el aprecio a la cultura hispánica. Y para que esa iniciación fuese asunto personal, nos urgía con extensos cuestionarios que nos forzaban a asaltar la biblioteca, en busca de nociones, conceptos, autores, obras, argumentos, trozos selectos, etc., tratando de retener en la memoria. Después venía la puesta en común, el diálogo o la interrogación personal o grupal sobre los hallazgos.

Otros profesores “respuestistas” dignos de mención: fray José María Arévalo, titular de Gramática Castellana, implacable en la corrección de la redacción, utilizando gruesas marcas rojas; fray Germán Correa, titular de Latín, riguroso en la aplicación gramatical; y un estimulador simpático y original, fray Enrique Arango (“el Loco”), titular de Inglés, que, en vez de conducirnos hacia Shakespeare, nos llevaba por los senderos del esperanto, según él, la lengua universal del futuro.

Citius, altius, fortius

La preocupación sedánica por la actividad física y lúdica fue traducida por la AJD con la organización de competencias personales o por equipos de pati-

naje, ciclismo, boxeo, carreras de relevos, atletismo, fútbol, básquet, etc. Se inspiraba en las competencias organizadas por el dominico lacorderiano fray Henri Didon, en el Colegio San Alberto Magno de París, bajo la inspiración del lema creado por él: *Citius, altius, fortius* (más rápido, más alto, más fuerte). Didon fue correstaurador de los Juegos Olímpicos con Pierre de Coubertin, quien universalizó el mencionado lema.

Sin embargo, lo competitivo no se encaminaba a vencer al otro, sino a procurar superar las propias limitaciones autoparalizantes, tratando de ganarse a sí mismo. El afán por fortalecer nuestros cuerpos como expresión de nuestras voluntades —que afirmaba la unidad sustancial de cuerpo y alma— parecía ceñirse a la invitación a la autosuperación del lema didoniano.

La preocupación por nuestros cuerpos varoniles lo movió a hacernos caer en la cuenta de que éramos sexuados, distintos de las mujeres pero no antagónicos, y lamentaba que nuestros textos de anatomía ignorasen el aparato genitourinario, lo que no podía ignorar ninguno si examinaba su propia anatomía bajo la ducha. A ver si nos pellizcábamos, con tacto nos fue llevando a informarnos acerca de las diferencias sexuales y genitales; y se ayudó de la lectura, en horas de almuerzo, del *Amor: el diario de Daniel*, de Michel Quoist, y de *Alegre*, de Hugo Wast, para hacernos conscientes de la dirección heterosexual de nuestros primeros sueños de amor.

A pesar del juanete y de los meniscos lesionados, fray José de Jesús sostenía que había que caminar mucho y rápido (*citius*) y subir montañas (*altius*). Eso fortalecía, endurecía el cuerpo, afirmaba la voluntad y estimulaba para las altas empresas (*altius*). Y tomaba la iniciativa encabezando la marcha. Si sus meniscos lo obligaban a detenerse antes de tiempo, blandía su machete y gritaba: “¡Adelante!” (*fortius*),

y seguía detrás cojeando con sus botas altas semior-topédicas, apoyado en un bordón improvisado.

Aprendimos, observándolo, que la enfermedad física puede ser oportunidad y estímulo positivo para readaptar creativamente nuestra vida. La voluntad de vivir puede sacar fuerzas de flaqueza (*fortius*). Y no se necesitaban discursos. Como decía el Aquinate: “Más mueven los ejemplos o las actitudes que las palabras” (*Magis movent exempla quam verba*)¹⁰.

De activar las exigencias del lema didoniano se encargaron también los titulares de Educación Física y Gimnasia, dos laicos entusiastas, Jorge Sedano González, cadete del MAC, hermano del rector (futuro gobernador de Santander), y el profesor Gastón Hugo Rocha, quien dirigía la preparación anual de la revista de gimnasia (consistente básicamente en pirámides humanas que ponían a prueba la resistencia y el equilibrio). Rocha, quien hacía primar el *fortius* y el *altius*, urgía a los lerdos con rodillazos en el muslo, acompañados del repetido y cariñoso insulto: “¡Cidrón, carepapaya!”.

Las actividades semanales de Educación Física a cargo de Jorge, que daban preferencia al *citius*, se repartían en ejercicios de gimnasia sueca, marchas rápidas y trotes en el mismo sitio por una hora (que nos obligaba a imaginar alguno de los círculos del “Infierno” dantesco), todo dentro del horario semanal o en competencias de ciclismo o de patinaje, y en salidas de tardes completas, especialmente los jueves, o bien hacia la Universidad Nacional a jugar fútbol, o bien al lago Gaitán a remar en barcas para ocho, controladas por un cojo que anunciaba cada hora con voz ronca los nuevos turnos: “¡la ocho!”, “¡la veinticuatro!”, etc.

O bien, eventualmente, nos dirigíamos, durante horas de subida esforzada (*altius*), a través de los

¹⁰ S.T., I,II, 34, 1.

bosques del santuario de Monserrate, bebiendo el agua de los arroyuelos, masticando aguadijas (cebolletas parásitas acuosas) y comiendo uvas de monte, dulces y frescas. Los indicios del atracón quedaban al regreso en los morados escíbalos que, con frecuencia, atascaban las letrinas del colegio, a no ser que se hubiera previsto “carpear” y los vestigios quedaban aquí y allí por el sotobosque.

Para superar la rudeza (ruditas)

Aunque no todos éramos de origen rural, venidos del campo (*rus*), el equipo sedaniano percibía que, en general, compartíamos análoga *ruditas*, o rudeza mental y cultural, que había que superar con la ayuda del currículo académico, concebido para la formación “integral” (según decían los pedagogos dominicos que habían acompañado a fray Francisco Mora Díaz o que habían enseñado en Rubio, Venezuela). Debíamos convertirnos gradualmente en “e-ruditos” a través de la instrucción y del conocimiento, pero al tiempo debíamos ser desbastados, quitando lo tosco o grosero de nuestros primitivos hábitos convivenenciales cotidianos.

De quitar (*e*, *ex*) lo rudo o tosco (*rudis*) de nuestras razones y creencias se encargaba toda la comunidad educativa con los recursos curriculares tácitos o expresos; pero de ir debilitando la tosquedad en las relaciones intersubjetivas se encargaría fray Jordán María Rojas¹¹, quien se empeñó en inculcarnos las “virtudes sociales” sugeridas por el *Manual de urbanidad y buenas maneras* de su paisano el caraqueño Manuel Antonio Carreño (1812-1874).

¹¹ El venezolano fray Jordán Rojas había sido nombrado primer síndico de la restauración de la Universidad Tomística con la mediación de la Universidad Pro Deo de Roma en 1955.

En la intención de fray Jordán, guiado por Carreño, la des-rusticación debía consistir en “comunicar dignidad, decoro y elegancia a nuestras acciones y palabras” y en “manifestar a los demás la benevolencia, atención y respeto que les son debidos”. Mientras Tomás de Aquino buscaba la fuente de todas las virtudes sociales en la justicia, Jordán-Carreño la buscaban en la “caridad cristiana”.

Fray Jordán tenía en cuenta todas las partes del magnífico *Manual* de Carreño; pero hacía hincapié en los capítulos relacionados con el aseo (en nuestra persona, vestidos, habitación, con los demás); con acostarse y levantarse; con el modo de conducirnos en la calle, en el templo, en los espectáculos, en los viajes, en la conversación, etc. Especial atención merecía a fray Jordán nuestro rústico comportamiento en la mesa (uso del asiento, la servilleta, los cubiertos, la postura corporal, etc.), sin descuidar el comportamiento en el juego y en el trato social.

Fuimos adquiriendo hábitos más o menos obsesivos de limpieza e higiene (baño frecuente de boca y manos, evitar estornudar o toser al aire, la necesidad de llevar dos pañuelos: el de toser y estornudar y el de la nariz). A lo cual se añadía el imperativo de ahorrar agua y luz, con la compulsión permanente de apagar bombillos y de cerrar grifos.

De la prédica constante de fray Jordán se hacía eco fray Domingo Claro, también preocupado por nuestra pulcritud y civilidad, condiciones para la marcha armónica y grata de la AJD, a lo que había que añadir el buen hablar, enriqueciendo nuestro vocabulario y evitando los gruesos regionalismos, especialmente santanderianos. Prefería que nuestras conversaciones se hiciesen en latín, así fuese macarrónico, y nos indujo a leer *Historia Domini Quijoti Manchegui Traducta Per Ignatium Calvum (Curam Misae Et Ollae) Cum Prologo Manoli L. Anaya, Editio Nova, Castigata Et Alargata*, Matriti: Tip. Julii Cosano,

MCMXXII. Así, nuestras groserías “latinizadas” sonaban decentes y cultas, como *Ite et manducate mucham merdam!* (“Quite dihai, filius putae!”).

A pesar de que, en la presentación personal, llegamos a vivir como carreñistas aceptables, con cierto nivel de des-rustización (aunque algunos se refinaron a tal grado que su recién descubierta “autoestima” les exigía aun ocultar su propio olor con alhucemas y perfumes), en el trato social, fray Jordán y fray Domingo no lograron erradicar del todo ni el “matoneo” físico ni el psicológico. Naturalmente que los casos de “matoneo” físico no iban más allá de cierta voluntad de intimidar y asustar a los más enclenques o chiquitos por parte de quienes se iban descubriendo gradualmente más fuertes (*altius, fortius*), con necesidad de poner a prueba su nuevo vigor. Tal “matoneo” no tuvo secuelas y, en ocasiones, funcionó como un desafío para hacer reaccionar a los medrosos o aparentemente débiles.

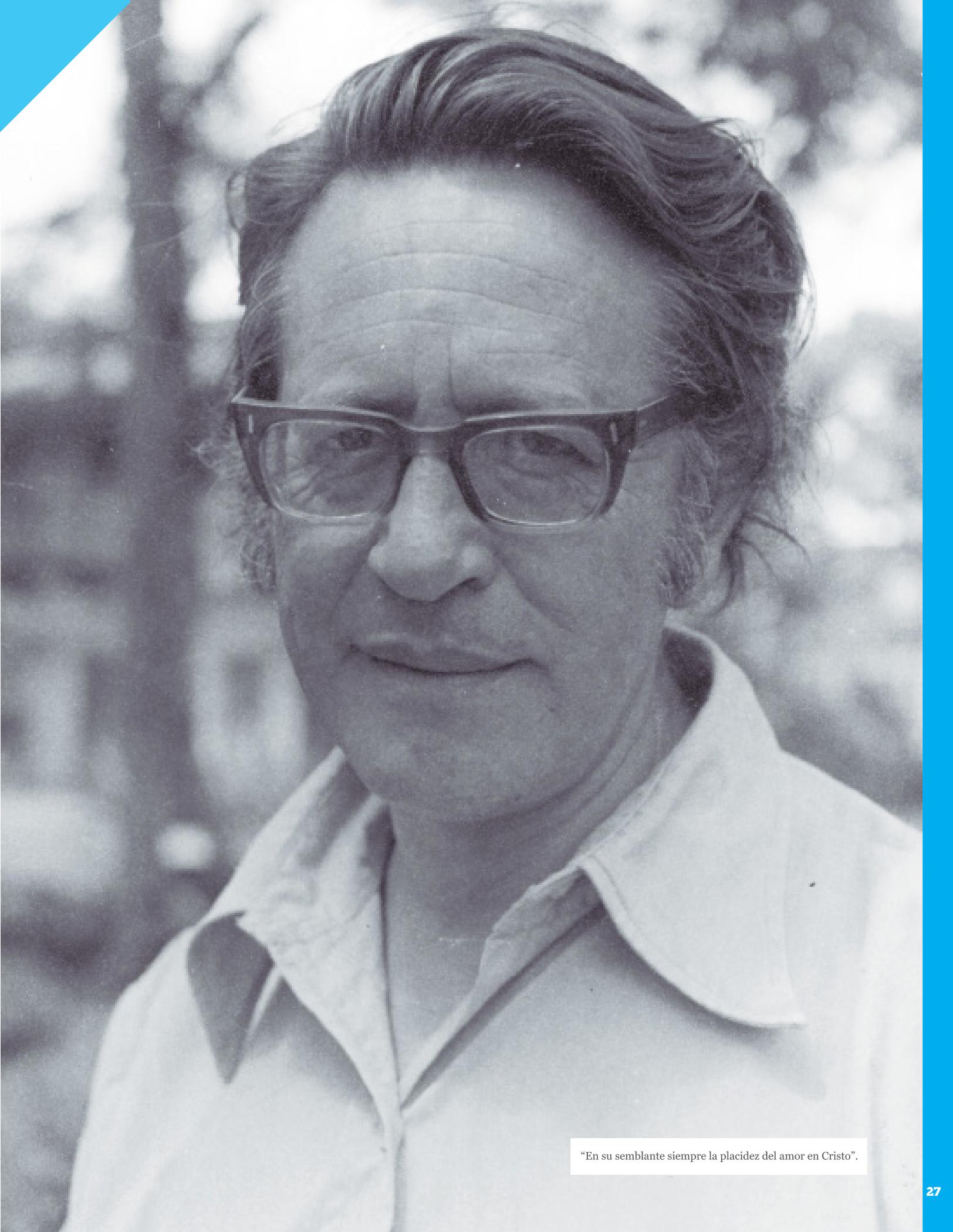
En cuanto al “matoneo” psicológico, se traducían en actos de burla pública, prolongada por el uso frecuente de apodos o sobrenombres más o menos caricaturescos. Pero ninguno se ahorcó de desesperación, y los motes, al final, lograron carta de ciudadanía, con la resignación de los dos carreñistas, que de vez en cuando confundían el nombre originario con el del nuevo bautismo lúdico. Se grabaron en nuestras memorias apodos que terminaron por ser aceptados por los mismos rebautizados: Tuso, Negro, Pote, Chulo, Cachetón, Bomba, Palo, Viejo, Torcuato, Pequeño Bartimeo, el Gringo, Arrecúchele, Chenchá, Brudulbudura, Matecoco, Patato, Pato, Pancho Pelotas, Huesos, Don Blas, Quijote, Marinillo, Quipile, Pácora, Macario, Bombillo, Pecueco, el Loco (que aludía a no pocos).

El apodo Arrecúchele surgió una noche, camino al comedor, en la fila, después de pasar por el recinto de

las bolsas de huesos procedentes de la cripta de la colonial iglesia de Santo Domingo, recién demolida. Un pícaro antiguo le dijo al compañero de adelante, recién llegado: “Le toca entonar el *De profundis*. Diga: “Arrecúchele vocem meam!” Y el ingenuo, con voz estentórea, inició la oración comunitaria: “Arrecúchele, arrecúchele vochem meam!”. “Arrecúchele” llegó a ser muy buen dominico, y en 1999, alcanzó ante la Virgen de Chiquinquirá una experiencia semejante a la de María Ramos.

Los motes gentilicios tenían su retintín peyorativo, pues la opinión muchachil era que los rebautizados representaban poblachos perdidos, de gente montuna. La alusión al pueblo provenía, o bien de que este sonaba chistoso, o bien de chismes de algún paisano departamental o por proyección colectiva de alguna singularidad dialectal o temperamental del motejado. Sin embargo, un marinillo de gran liderazgo alcanzó la plenitud del sacerdocio, quien se destacó entre los obispos colombianos (hoy obispo emérito), y un quipileño economista se dedicó con éxito a la gerencia bancaria, y hoy a vender panela.

Casi todos los rebautizados llegaron a ser jordanianos de provecho: el Negro llegó a convertirse en renovador rector general de la Universidad Santo Tomás; la Chenchá litúrgica o Brudulbudurase ha destacado como gran activista social y político, incrustado algunos años en la Comunidad ecuménica de Taizé, Francia, que reunía a religiosos de distintas confesiones cristianas; el Patollegó a ser magistrado y tratadista; el Tuzoha sobresalido como profesor de Matemáticas, poeta y cooperólogo; Don Blas ha hecho el bien como predicador, confesor y director espiritual; el Chulo, *idem*, amén de directivo de la Universidad Santo Tomás.



“En su semblante siempre la placidez del amor en Cristo”.

Las deleitosas vacaciones en el Convento del Santo Ecce Homo

Cuando algunos éramos internos del Colegio Santo Tomás, bajo la pedagogía preventivo-dirigista del paternal rector fray Luis J. Torres, futuro restaurador de la Universidad Tomística, nuestras vacaciones eran por Sasaima, en Las Mercedes, una finca de los padres claretianos; pero desde 1954, en nuestra condición de jordanianos, “por derecho propio”, nuestra casa de vacaciones —puntualmente planeadas por el equipo sedaniano y la cúpula representativa de la AJD— fue por varios años el vetusto Convento del Santo Ecce Homo, proyectado en 1620 como casa de estricta observancia y al mismo tiempo como punto de encuentro de los frailes que itineraban por tierras que hoy hacen parte de Boyacá, Santander y Cundinamarca.

El redivivo convento nos conectaba con los misioneros de la Nueva Granada y, a un tiempo, nos eslabonaba con futuras espléndidas tareas apostólicas. Así, Santo Ecce Homo se convertía no solo en pasado de nuestro presente, sino en porvenir: eco de voces de más de trescientos años que cobrarían nueva vida a través de nuestras propias voces, que darían respuestas a nuevos desafíos.

Al ingresar al convento, a la izquierda, antes de acceder a la iglesia desde el claustro, se encuentra uno con la efigie colonial de Santo Domingo, de rostro amable, que integra los atributos clásicos del fundador: la estrella de la sabiduría en la frente; el pendón de la verdad; el can con antorcha en las fauces para simbolizar la vocación “incendiaria” del predicador, llamado a iluminar todo el planeta; el libro sagrado, fuente del saber cristiano, en la mano izquierda; el rosario en el cuello, representación de la protección mariana. Y en el otro extremo del claustro, cerca del

refectorio, se encuentra la efigie alada de San Vicente Ferrer, ángel del apocalipsis, llamando al arrepentimiento por la proximidad de los “últimos días” (en futuro incierto). Nos hacíamos más o menos conscientes de los dos extremos de la historia de la Iglesia: el entusiasmo evangélico por la construcción del Reino (en tiempo controlable) y la consciencia de ser partícipes de la lucha escatológica final entre Cristo y el Anticristo, agudizada por la lectura en refectorio de las obras ultimistas y estremecedoras de Hugo Wast: 666, *Juana Tabor y El sexto sello*.

El viejo convento se fue convirtiendo, desde nuestras primeras vacaciones, en parte del pasado de nuestro presente dominicano, pues ya nuestra historia familiar se incrustaba en la larga historia de la gran familia transnacional y transecular que venía desde el siglo XIII y que nos adoptaba en calidad de hijos menores en proceso de “institucionalización”.

El querido convento era el centro de operaciones para andanzas de los distintos grupos: a buscar fósiles por los lados de “Yuca”; andanzas por Sáchica, Chíquiza y Sutamarchán o hacia Villa de Leyva o hacia Santa Sofía con el padre Jordán; o hacia Monquirá con el hermano Parra; o hacia Ráquira, al convento de los agustinos recoletos, con el hermano Cubillos (hoy padre Cubillos). Viento, sol, tierra semidesértica, pedregales, polvo, guasábaras (cactus rastrero). Las lecturas de refectorio animaban nuestros espíritus exploradores y aventureros con los imaginarios de Julio Verne, Emilio Salgari, Edmundo De Amicis, Rudyard Kipling, etc., sin descartar a *Tarzán y al Llanero solitario*, leídos a escondidas.

Santo Ecce Homo no solo quedó asociado a nuestro rector fray José de Jesús y su equipo de frailes colaboradores, sino que se convirtió en parte importante de nuestro paisaje interior, en el que integramos tierras, casas, lugares, animales, ambientes; de nuestras experiencias afectivas, que nos convierten

en dueños de un mundo paradisiaco en el que nos refugiamos con solo cerrar los ojos y dar libre curso a nuestra memoria y a nuestra imaginación creadora y recreadora.

En Santo Ecce Homo, éramos infatigables y diligentes para todo lo eutrapélico y condumial. A pesar de la recomendación latina del comedor: *Sic edas ut semper esurias* (come de tal modo que te quede hambre), comíamos hasta quedar sin hambre, pero no había problema: el hambre volvía pronto. En cuanto a la recomendación de la otra pared: *Bibas ut vivas, non vivas ut bibas* (bebe para que vivas, no vivas para beber), considerábamos que no se refería a las cantidades de agua que necesitábamos para aplacar nuestra sed, tras la deshidratación efecto de nuestras sudorosas rutinas lúdicas. Adivinábamos que se dirigía a quienes preferían las bebidas fermentadas, que no eran muchos.

Nos fuimos enterando de que el magnífico y austero claustro, comparable a una fortaleza, había sido varias veces cuartel y caballeriza, a partir de 1812, y que había sido utilizado tanto por realistas como por patriotas. Expulsados los frailes y expropiado el inmueble, por décadas fue abandonado y la vida silvestre lo convirtió en su biótopo, compartido por las necesidades campesinas: así, alternaban nidales de pájaros, sin excluir murciélagos y culebras, con funciones de redil y abrevadero, aprovechando la cisterna central.

Recuperado el convento por los frailes desde 1894, poco a poco fue recobrando su funcionalidad originaria, de tal manera que, al llegar nosotros, en 1954, lo encontramos convertido en más o menos confortable *resort*, abierto y soleado, que invitaba a salir o a entrar con libertad. Parecía abrazarnos protector, al anochecer, cuando nuestra imaginación evocaba a los muertos centenarios o recientes del cementerio

aledaño. Era forzoso no andar de noche solos por el riesgo de encontrarnos con algún fantasma arras-trando cadenas como el *El fantasma de Canterville*, de Oscar Wilde. Los campesinos de la región y algunos frailes nos contaban sobre ruidos y voces de espíritus noctívagos por los cuatro claustros, entre ellos algún difunto fraile “converso” que azadoneaba.

A la luz de velas, de lámparas Coleman o de linternas personales que proyectaban sombras, nuestros miedos se agudizaban, reforzados por la voz lúgubre del viento que azotaba muros y tejados, y por nuestros propios cuentos en torno a hechos espeluznantes, más creativos especialmente a causa de la noticia del hallazgo de un esqueleto en el sótano de la antigua celda prioral. Nuestros temores se iban diluyendo después del rezo comunitario del rosario, antes de ir a la cama a partir de las nueve o diez de la noche. El sueño profundo y la orquesta de ronquidos mataban todo fantasma.

Pensar en Santo Ecce Homo y su amplio entorno campesino es recordar buen yantar, libertad de ir y venir, inventivas lúdicas. El dulce despertar al canto polifónico de muchos pájaros, con la dirección maestra de las mirlas, era seguido del baño frío y rápido y la ida a la iglesia para la misa en latín “por el rito dominicano”. Después de desayuno (caldo, chocolate y mogolla), cada uno ya tenía actividad recreativa definida: o fútbol, o ir a bañarse a Salto chiquito, o explorar en busca de fósiles, o buscar magueyes para hacer balsas y probarlas en el río de La Vega.

O alistar hachuelas y cuchillos de monte para escoger ramas de pino y hacer arcos de largo alcance, útiles en los riesgosos juegos de indios y vaqueros, en uno de los cuales “el Loco” Plata, amarrado a un árbol, por poco pierde un ojo, cuando la tribu que lo hizo prisionero era guiada por nuestro recursivo “Tarzán” Elberto Blanco (hijo único, a quien su con-

sentidora madre lo dotaba de todos los accesorios de los héroes de tiras cómicas).

Y había juegos más insólitos y peligrosos que los tarzanescos, como el que se inventó “el Loco Gafufo” Silva: cabalgar sobre terneros usando espuelas de palo. “El Cuatrojos” Silva fue sancionado por el padre Domingo Claro: quedarse un rato en el cementerio al anochecer, al lado del feo bulto de Moisés. El mismo padre quiso asustarlo cubierto con una sábana; pero el impertérrito “loco” respondió con una pedrada en la reverenda calva.

Del baño en Salto chiquito, nos quedó el recuerdo del arrojado Adalberto Cardona, quien, sin saber nadar, ante retadores sin compromiso (en tiempo de crecida del río por el invierno), se tiró al fangoso remolino del pozo que lo hacía girar como corcho, en sucesivas hundidas y salidas, sacando las manos, dando alaridos lastimeros y pidiendo auxilio. Dos expertos nadadores se lanzaron y lo rescataron.

La meditación *in extremis* sobre la muerte pudo ser, con los años, lo que lo convirtió en sesudo filósofo y en mesurado provincial, y rector del Colegio Jordán de Sajonia.

Eran frecuentes las caminatas colectivas (más o menos prolongadas) con morrales de la Segunda Guerra Mundial, donados, tal vez, por el general Gustavo Rojas Pinilla. “Carpear” era una posibilidad y por eso cada morral iba enmarcado por una carpa personal. Hubo caminatas “pelapatas”, como alguna del convento, montaña arriba, hacia Santander, en dirección a Puente Nacional, transponiendo la cordillera, guiados por Pancho Pistolas, futuro dignatario de la Universidad Santo Tomás.

Santo Ecce Homo no solo nos recrea imaginarios entrañables, sino que se convirtió para muchos de nosotros en la pequeña patria de nuestros mejores recuerdos sedánicos. El poeta Rainer Maria Rilke

decía: “la verdadera patria del hombre es la infancia”, aunque no éramos propiamente infantes, porque hablábamos mucho y gritábamos cuando, en los inacabables partidos de fútbol, nuestros gruesos discursos enardecedores animaban a los grandes héroes de los equipos enfrentados: Álvaro Galvis, delantero duro y pateador feroz, “fusilador” de arqueros timoratos, y Jaime Valencia García, lateral derecho, meliador astuto, que fingía caerse antes de meter el gol.

La “sedanidad”

Fray José de Jesús no quería que sus muchachos fuéramos clones de ningún modelo profesoral, pero creo que muchos recibimos la impronta de la “sedanidad”, que nos preparó para estar atentos a los interrogantes de los “signos de los tiempos” y para ensayar respuestas creativas; para procurar comprometernos, aun a riesgo del pellejo; para buscar y cruzar fronteras dialogando; para no dejar agotar “la fontana del desear”, como decía su favorito Ortega y Gasset; para no dejar de reír con ánimo liberador al estilo jordaniano.

Debíamos atrevernos con Dante a hacer el gran viaje al Paraíso, sin cerrar los ojos ante los viciosos sin “contrición de corazón”, ni “atrición”, que dan alaridos en los nueve círculos del Infierno, que nos van aleccionando sobre el fracaso definitivo; ni soslayar a los pecadores arrepentidos del Purgatorio, expertos en pecados capitales, que arraigan en la soberbia y la envidia. Para Sedano, la *Divina Comedia* traducida poéticamente el “regreso” a Dios por la travesía sugerida en las tres partes de la *Suma teológica*, macrorrelato de la condición humana, llamada a realizarse en el horizonte que une espíritu y materia.

Teníamos que vivir dispuestos a aceptar el reto de Tomás de Aquino: “Los barcos están seguros en los puertos; pero no se hicieron para eso los barcos”¹². Esta convicción ha llevado a fray José de Jesús a preferir vivir en la altamar de las angustias humanas, de la inseguridad y de la incertidumbre, así su presencia física haya debido protegerse en puertos conventuales, como el de Cristo Rey en Bucaramanga. Como escribía el Aquinate: “El hombre tiene más verdaderamente su ser donde está su amor que donde está físicamente” (*Homo verius habet suum esse ubi amat quam ubi est*)¹³.

Fray José de Jesús, así se enrumbe hacia los cien años, ha sido y será hombre de nuestro tiempo, capaz de hacerse cargo del presente y de sus anuncios de porvenir. Pero, tal vez, por su apego medular a la herencia tomasiana, ha insistido en que él es un hombre fuera de época, un medieval caído en pleno siglo XX y arrastrado hasta el siglo XXI, describiéndose como “un interrogante rodeado de puntos suspensivos y con una gran admiración”, sacudido, como proponía Miguel de Unamuno, por la “agonía del cristianismo”, el cual impone “luchar” por reasumir la fe siempre de nuevo. La fe no es un estado de paz, sino de guerra consigo mismo y con las contradicciones que generan desesperación en la propia consciencia y en la historia colectiva.

Quizá, por eso, por mirar lejos, puede contrastar, sorprenderse y preguntar más certeramente ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde nos dirigimos “con ciegos e inseguros pasos”? Gracias a su historiovisión, en su comprensión de la historia de la salvación, el padre Sedano ha sido una inteligencia y una voluntad atentas a las microtendencias y macro-tendencias actuales, que se esforzó por lograr la

síntesis de lo viejo y de lo nuevo. Eso sí, prefiriendo lo viejo cuando este arroja más luz que lo novedoso o de moda (que conduce a la *curiositas dispersiva*), en dirección a la ascensión humana en clave cristocéntrica.

Sedano, atento al curso del devenir presente, con gran capacidad prospectiva, siempre ha insistido en que ningún problema nuevo puede enfocarse solo desde las “ideas recibidas”: es preciso tener en cuenta su propio contexto espacio-temporal, procurando entender su hodiernidad y sus anuncios de porvenir. Glosando al Aquinate, ha reiterado: “el hombre es un ser situado y obra de manera situada” (*homo situabilis est et situabiliter operatur*), lo que hacía análogo al orteguiano: “Yo soy yo y mi circunstancia”. Estos principios nos iniciaron en la virtud de la prudencia tomasiana —que no es habilidad para la evasión— en tanto aptitud habitual para “ver, juzgar y actuar”, sin escamotear las exigencias del compromiso en situación.

Fray José, ceñido a las exigencias de la razón práctica, en tónica tomasiana¹⁴, insiste en que hay que acoger lo particular de la situación frente a la abstracción indeterminada de los principios o de las normas generales. La razón práctica, cuanto más desciende a lo particular, más se encuentra con la indeterminación y la incertidumbre, pero no puede paralizar la acción: debe tornarse creativa, no a capricho, sino según la epiqueya del amor agapeístico (amor universal). No obstante, los casos excepcionales no pueden borrar la validez de la ley general o de los principios, pues la acción quedaría atrapada por la maraña de la casuística, por lo que perdería el horizonte ideal.

La necesidad de circunstanciación prospectiva del conocer, del pensar y del actuar responde a la urgencia sedánica de estar redefiniendo su vocación domi-

12 S.T., I-II, q. 2, a. 5.

13 I Sent. disp. 15, q. 5, a. 3, ad 2m

14 S.T. I-II, 94, 4.

nicana de fidelidad a la verdad, de lucha por la justicia y de amor universal con inserción espacio-temporal concreta. Estos rasgos de la misión de los frailes predicadores se hacen irreales o inoperantes si no responden a los inéditos reclamos de cada nueva etapa histórica, constructo “tritemporal”.

Para fray José, la “tritemporalidad” es esencial a la experiencia humana: se vive siempre en la encrucijada de los tres tiempos del devenir: el presente va recobrando el pretérito y al mismo tiempo impulsando el porvenir. Fray José se atenía a Tomás de Aquino: “del pasado recordado y del presente comprendido, extraemos la conjetura del futuro que hay que proveer” (*ex praeteritis memoratis, et praesentibus intellectis, coniectamus de futuris providendis*)¹⁵. Para los cristianos, Tomás y José, esa diacronía (que es la historia de la salvación) activa la virtud teologal de la esperanza, de tal manera que no se trata de esperar pasivamente, sino de vivir en la acción constructiva de la “eu-topía” del Reino de Dios, que da pleno sentido al término de la historia.

Fray José está de acuerdo con el poeta Horacio, cuando recomienda a Leuconoe el *carpe diem* (aprovecha el día de hoy)¹⁶, pero no cree que haya que esperar con pesimismo los “decretos secretos del hado”, resignándose al “buen vino” que cada día va ofreciendo. La esperanza cristiana impulsa el presente con el optimismo de que el final de la historia siempre será positivo, así nuestra vida sea corta o prolongada, pues la existencia no se aniquila, sino que se transforma. Los jordanianos debíamos aprovechar las posibilidades de cada día, pero sin desesperar del porvenir. Y cada día podía traer “buen vino” o “guarapo miserable”, pero todo debía asumirlo cada uno con entusiasmo creativo. Preparando una cartelera,

la mala suerte podía hacer que la pintura verde se regara; pero no había mal que por bien no viniera: del chorrión podía salir un bosque o la creación de un paisaje de cactus.

Nuestra sedanidad adolescente quedó asociada en nuestra memoria a experiencias de la vida colegial, de mayor o menor importancia, o a acontecimientos del devenir exterior, al que vivíamos atentos. El recuerdo de nuestro maestro y su equipo nos hace evocar y revivir las madrugadas del Rosario de la Aurora, entonado con fuerte voz por el “Marinillo” Leonardo; la invitación permanente del padre Claro sobre una cartulina con letra estilizada en la puerta de la capilla: “Jesús está aquí y te llama”; la retahíla de “los mil Jesuses” de los devotos paisas, entre ellos, el gran “Tuzo” Elcario; los ejercicios de etopeyas recíprocas por las parejas de los pupitres bipersonales: a mí me tocó hacer la etopeya de mi compañero el magnífico “Negro” Valencia.

Más de sesenta años después, aún conservamos retazos mnémicos en caótico popurrí: las gratas notas del *Bolero*, de Ravel; del *Ave María*, de Schubert, en voz del franciscano padre Mojica; de los graves y estremecedores acordes de *Jinetes en el Cielo*; del retrovisivo y alegre *Dominique nique, nique*. Y las inolvidables lecturas de almuerzo, entre otras: *Las sandalias del pescador*, *Las aventuras del padre Brown*, *Don Camilo*, *La mano izquierda de Dios*, el inquietante *666*, *Refulgencia serena*, *La ciudad del dolor*. Con voces de regulares o excelentes lectores, entre estos últimos la de “Pacho” González.

Las visitas a la Academia de la Lengua; las declamaciones romanceras de Mallarino, entre ellas, *La misa del amor*; el español de los sefardíes; el mural de la historia de la literatura española; las breves excursiones por las literaturas hispanoamericanas, desde *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, visitando a *Doña Bárbara*, hasta galopar con

15 S.T., I, 22, 1.

16 L. I., Oda 11.

Martín Fierro en la pampa. Mundos narrados (junto con el gusto por la historia) que nos interesaban mucho a quienes no habíamos sido galardonados con la aptitud matemática de Elceario y habíamos sido marcados por una discalculia esencial.

El recuerdo del juvenil rector Sedano y su equipo nos trae a la memoria la llegada al Colegio Jordán de Sajonia del primer televisor, obsequio del general Gustavo Rojas Pinilla, y la primera película televisada: *Don Quijote*, cuya triste figura se convertía en modelo de humanismo protectorio de escasos medios; las noticias de choques entre militares y universitarios en 1954; el inicio de la Misión Lebreth en el mismo año; las muertes en la Plaza de Toros en 1955; los barbudos cubanos que en 1956 pedían colaboración a los transeúntes de la Plaza de Bolívar; la guerrilla castrista de Sierra Maestra en el mismo año; término de la Misión Lebreth; las manifestaciones de 1957 contra el Gobierno de Rojas Pinilla, alegorizado por un burro con quepis y botas, cabestreado a lo largo de la carrera 7 por estudiantes de la Universidad Nacional, entre ellos, el aguerrido Jorge Sedano, nuestro profesor de Educación Física; la caída de Rojas Pinilla el mismo año; la Junta Militar de 1957 a 1958, que publicó *El informe Lebreth*; el plebiscito, etc.

Otras evocaciones sedánicas: la muerte del hierático Pío XII en 1958, cuando preparábamos con Ernesto Mora un examen de literatura universal, encaramados en el tope de la escalera de los tanques de agua; el ascenso al pontificado del bonachón y sonriente Juan XXIII; la caída de Fulgencio Batista y la subida de Fidel Castro en 1959; la convocatoria al Concilio Vaticano II; el Gobierno de Alberto Lleras Camargo de 1950 a 1962; la apertura del Concilio en 1962; y el *Leviatán* invisible de la Unión Soviética.

Cuando hablamos de “sedanidad”, en español, el sufijo -idad forma un sustantivo abstracto de cualidad, derivado del talante educativo y pedagógico

de fray José de Jesús Sedano, caracterizado por su énfasis en los principios de pluralismo, interrogación-cuestionamiento, respuesta personalizada, libertad comprometida, vivencia comunitaria, democracia participativa, que comprometen a todos los sectores de la comunidad educativa del Colegio Jordán de Sajonia: no es posible que el líder pueda actuar solo y, por ello, al asumir cada uno su papel, lo hace desde su personal manera de ser, lo cual va transformando la “sedanidad” a partir de los ingredientes creativos de los distintos aportantes y generando estilos que se tornan oportunidades de aprendizaje aun para el mismo líder.

La comunidad educativa cobra autonomía frente a su primer impulsor, obligado a comprometerse a su vez con una dinámica supraindividual que lo desborda. Al intentar comprender la “sedanidad” transpersonalizada, es preciso acercarse a cada uno de los sectores o caras del fenómeno colectivo: el equipo directivo, la comunidad profesoral, los niveles formativos estudiantiles, etc. Por lo pronto, son indiscutibles los agentes directivos: fray Domingo Claro Carrascal, fray Luis Carlos Perea Sastoque, fray Jordán María Rojas Rojas, fray Reginaldo Argüello Esparza, fray José Enrique Cubillos Rodríguez, fray José Parra, quienes formaban “corpus” con distintas variables irreductibles, de acuerdo con la perspectiva vital de cada uno, de modo que la “sedanidad” se iba interpersonalizando: a lo Claro, a lo Perea, a lo Jordán...

Los currículos explícito y oculto se tornaban instrumentos de pregunta o interrogación continua, a fin de generar respuestas no repetitivas, lo que tenía la virtud de ir acelerando la maduración de los “alumnos”, pasivos, dependientes, receptivos, que se van convirtiendo en protagonistas de su propio responsable aprendizaje, lo que los iba haciendo pasar al estatus de “estudiantes”, capaces de aprovechar por su cuenta y riesgo, en la cotidianidad, su propio

carpe diem. La responsividad no se traducían en homogeneidad de productos industriales, ni en unanimismo de mismidad, sino en franca diversidad. Algo que niega la despersonalización de los despotismos totalitarios, que suponen formar para la obediencia y la docilidad propias de invitados de piedra. Podían darse “hitleridad”, “musolinidad”, “stalinidad”, pero, como sus líderes y sus principios básicos apuntaban a la subordinación integral y hacia el unanimitario rasador, el sufijo -idad no indicaba precisamente una cualidad positiva, un valor, sino precisamente lo contrario: un sistema de disvalores que aniquilaban los proyectos de vida personal.

La cualidad de la “sedanidad” mantiene el nombre del líder con función de imán y de punto de referencia indispensable, como marca de autenticidad; pero el pluralismo esencial del corpus comunitario no admitiría ser representado por una esfera atrapadora, de elementos unívocos, sino más bien por un todo multiverso como podría ser un sólido de distintas caras en el que es posible integrar todas las particularidades de manera análoga, en lo que insistía el maestro Sedano; esto confirma su afinidad tomasiana. Así, “todos ponen y todos toman”, y conservan las distintas particularidades, como lo supone la idea de bien común distributivo.

Crisis de la “sedanidad”

Permita el lector un breve excursión contextualizador.

La modernidad fue una liberación de fuerzas represadas por “inquisiciones” políticas, religiosas, sociales, etc., que se fueron sucediendo desde el siglo XVIII; pero a mediados del siglo XX tales energías actuaron abiertamente en todos los campos de la vida social, de tal manera que la mentalidad moderna lo invadió todo. En este contexto, la Iglesia no podía se-

guir de espaldas a la nueva comprensión de la realidad y continuar indiferente en su actitud de maestra indiscutible, pues así se marginaba de las claves del mundo contemporáneo, sin ser comprendida, ni siquiera, por sus propios fieles, que se habían tornado “modernos”.

Esa desconexión entre la Iglesia y el mundo motivó el Concilio Vaticano II, de 1962 a 1965, que se caracterizó por la apertura, la capacidad de escucha y de diálogo, gracias a la asesoría de equipos teológicos actualizados, sensibles a los reclamos modernos, entrenados para el diálogo en escuelas prestigiosas arraigadas en tradiciones fuertes de *intellectus fidei*, por ejemplo, de tradición dominicana o jesuita.

Sin embargo, no todos se adhirieron a las preocupaciones conciliares, pues no estaban convencidos de que hubiese ruptura entre la Iglesia y los nuevos tiempos, asumiendo muchos una franca actitud de oposición a quienes percibían la urgencia de la apertura dialogal a ese mundo que había crecido sin experimentar la necesidad de los viejos valores cristianos. La contradicción interna que afectaba a la Iglesia aquejaba, por supuesto, a la mayor parte de sus instituciones, entre ellas, a las órdenes religiosas.

No quedó, sin duda, inmune la provincia dominicana de Colombia, en cuyo seno, desde la década de 1940, se fueron definiendo dos corrientes: la de quienes se consideraban herederos de las “glorias” coloniales, que cumplían su ciclo formativo entre Chiquinquirá y el Estudio del Cuzco en Perú, y la de los que recibieron la influencia de los dominicos franceses de la provincia dominicana de Lyon, llegados en 1939 como orientadores de la formación religioso-académica de las nuevas vocaciones. Los formadores franceses esperaban, como objetivo terminal, que sus formandos cultivaran una amplia visión contemporánea, apta para resistir al rampante Estado

totalitario, negador de la dignidad de la persona y de su desarrollo mediante la conquista de la libertad.

Los dominicos franceses, al tiempo que influían en la orientación de los frailes jóvenes, dieron importancia a la formación dominicana de laicos profesionales, con la esperanza de que se convirtieran en fermento de la opinión pública. Surgieron varias fraternidades y una de ellas publicó por años la revista *Testimonio*, de amplia aceptación entre intelectuales, activistas sociales y políticos. Al ser trasladado el Convento de Santo Domingo, debido a la demolición del cuatricentenario convento-universidad colonial, del centro de Bogotá, se fundó la revista *Aliis Tradere* como expresión del lema conventual: *Contemplari et aliis tradere contemplata* (contemplar y llevar a los demás lo contemplado), simbolizado, en el patio central, por la estatua de bronce de Santo Domingo encapuchado (*contemplari*) y el brazo levantado e indicativo (*aliis tradere*).

Recién llegados del extranjero (Roma, Jerusalén, Francia, Canadá), tres frailes de mentalidad crítica, conscientes de los nuevos desafíos que agitaban al mundo desarrollado y que podían repercutir en las sociedades periféricas, procuraron ir conformando un equipo de frailes y laicos dominicos con preocupaciones análogas, traducidas en el cambio de nombre de la revista, que pasó a denominarse *Actualidad Cristiana*.

Los colaboradores de la revista, atentos a los “signos de los tiempos”, eran conscientes de que se vivía un cambio de época para la Iglesia, que demandaba el esfuerzo de *aggiornamento* propuesto por el nuevo papa Juan XXIII, única manera de no quedar fuera de la historia. *Actualidad Cristiana* hacía hincapié en la necesidad de estar atentos a las exigencias de la realidad social, política, económica, con lo que daba primacía al conocer sobre el pensar. En perspectiva to-

masiana, el *contemplari* puede madurar en el pensar, pero brotando radicalmente en el previo conocer.

Estaba en total desacuerdo con la urgencia del *aggiornamento* el influyente fray Alberto E. Ariza, destacado provincial varias veces, que no veía bien a los frailes franceses llegados a Colombia. Temía que los dominicos entraran en colisión con los intereses de la Santa Sede. El padre Yves Congar, desterrado en Roma, tuvo la oportunidad de hablar con él en abril de 1955, de lo que dejó constancia en su *diario* preconiliar: “[Ariza] me recita la cantinela tantas veces oída ya: estamos en un momento crítico, la Santa Sede no tiene una total confianza en los dominicos. Existen las tendencias francesas, y el padre Suárez (Maestro General) se vio obligado a deponer a los tres provinciales”¹⁷.

Ya desde la década de 1950, el grupo mixto más o menos sintónico asumía que el próximo futuro dominicano imponía cambios en la formación, no solo de los frailes estudiantes, sino también de la etapa colegial antecedente. El veterano era fray José de Jesús Sedano (doctor en Teología), que empezó a preparar el terreno para el semillero de la renovación dominicana en Colombia al llegar como rector del Colegio Jordán de Sajonia. Es posible que no hubiera un proyecto explícito por parte de los sintonizados; pero había una especie de guiño amistoso entre ellos que los vinculaba y los convertía en “colegio invisible”.

Por otra parte, fray José de Jesús no suscitaba desconfianza entre los tradicionalistas, que no hacían reparos al modelo educativo (qué tipo de jordaniano se pretendía) ni al modelo pedagógico (qué tipo de relaciones educador-educando había que fomentar). Las opciones educativas y pedagógicas básicas, integradas por el talante vigoroso y coherente del rector, fueron intuitas y asimiladas gradualmente por los

¹⁷ Yves Congar, *Diario de un teólogo: 1946-1956*, Madrid, Trotta, 2004, pág. 421.

seis frailes del equipo directivo, a partir del que se fueron transfundiendo en la comunidad colegial y generando un proceso de comunión que tendría su propia dinámica interna, no variable a golpes de voluntarismo autoritario.

No obstante, los más de los frailes de la provincia (apoyados en la autorizada actitud del exprovincial Ariza) y la mayoría de los laicos dominicos no se concienciaban de la necesidad de prepararse para el cambio y tenían la convicción de que la historia continuaba sin fracturas y que la Iglesia seguía siendo sólida y estable en sus instituciones, y que por ello más valía dedicarse a tareas de mantenimiento o de recuperación de prestigios pretéritos. La Roma de Pío XII era segura y “las puertas del Infierno no valecerían contra ella”.

Así pues, el proyecto que venía desde comienzos de siglo de restaurar la Universidad Tomística, la más antigua de Colombia, reforzado en la década de 1930 por el ejemplo jesuita de restaurar la Universidad Javeriana, se convirtió en bandera de los pasatistas, quienes se apresuraron en 1955 —con el asentimiento de Ariza— a lanzar, sin proyecto claro, una restauración, mediada por la Universidad Pro Deo de Roma. Naturalmente pronto sufrió el ipurrudún! de lo improvisado.

Los frailes que venían de formarse en centros de producción del conocimiento y no simplemente de recepción, habituados a investigar en otras lenguas, pensaban que las nuevas generaciones de dominicos colombianos debían conocer los rumbos de la filosofía, la teología y las ciencias humanas y sociales, pues su vocación de servicio intelectual al pueblo de Dios debería habilitarlos para la enseñanza crítica a través de los medios de comunicación, las publicaciones, las conferencias, los debates públicos, la propuesta de “cuestiones disputadas” del presente,

con presencia en las instituciones que más influencia alcanzan en la opinión pública, en especial en el mundo universitario (como estilaban los dominicos de la primeras generaciones en las nacientes universidades del siglo XIII).

Restaurar o fundar instituciones de educación superior haría correr el riesgo de que muchos jóvenes predicadores aspiraran a cargos de administración como directivos, lo que los absorbería y los apartaría del estudio y de su tarea de *aliis tradere* a partir de la comprensión del presente. Los padres José de Jesús Sedano (teólogo), Alberto Alfonso (escriturista) y Gabriel Flórez (psicólogo) se pusieron al frente del Estudio San Alberto Magno —elevado a Estudio General en 1962— y pronto despertaron simpatías entre los estudiantes, algunos de los cuales organizaron un centro de investigación propio (Comité de Predicación [Copred], *Coetus Praedicationis*).

El padre José de Jesús Sedano, que había dejado la rectoría del Colegio Jordán de Sajonia en 1960 y había pasado a regente de Estudios de San Alberto, apoyó al equipo del Copred e impulsó reformas en la *ratio studiorum*, articuladas a los cursos de Pastoral que el Convento de Santo Domingo ofrecía a recién ordenados de distintas comunidades, cursos adelantados por conferencistas calificados de distintas áreas del conocimiento social, económico, jurídico, político, psicológico, psicoanalítico, psiquiátrico. El padre Camilo Torres (del futuro Ejército de Liberación Nacional [ELN]), a quien su madre impidió ser dominico y connovicio de Flórez y Alfonso, era uno de los sociólogos conferencistas (con Orlando Fals Borda), con estilo peripatético y humeante pipa en mano.

El padre Alfonso, apoyado por Sedano y por Flórez, y los laicos colaboradores de *Actualidad Cristiana*, fue asumiendo tareas que lo fueron perfilando como ejemplo de dominico cabal: buen religioso, liturgista,

escriturista, director de la revista, conferencista, animador de “cuestiones disputadas” en la Universidad Libre de Colombia (1962), interlocutor de especialistas de la sociología, la criminología, la psicología, la psiquiatría, la economía, la historia.

La oposición antisedánica comenzó a inquietarse y a protestar, y en noviembre de 1962, renunciaron varios frailes catedráticos que venían del Convento de San José, al percatarse de que los modelos dominicanos Alfonso-Flórez se tornaban atractivos para los estudiantes, sobre todo de Filosofía, quienes precisamente venían con inquietudes insólitas desde el Colegio Jordán de Sajonia: reivindicación de la “libertad comprometida”, reclamo de prácticas democráticas, los derechos de la verdad, la crítica abierta a tradiciones y costumbres de dudosa historicidad, etc. Los renunciantes pretextaban no querer trabajar con “filo-comunistas”.

Ya se sabía que el Copred se guiaba por los principios jordanianos y que se adhería abiertamente al nuevo sedanismo. De modo que al resto de la nómina profesoral de disidentes solo les faltaba un desliz estudiantil o algo parecido que se pudiera relacionar con el regente o su equipo, para paralizar la vida académica del Estudio General.

En abril de 1963, una crónica, entre seria y picaresca, del director de la revista *Verbum*, que retrataba la tensa situación, movió a renunciar a otro catedrático, muy estimado desde el Colegio Jordán de Sajonia: el padre José María Arévalo, riguroso e implacable profesor de Castellano. Ante la emergencia, el Copred sesionó y pidió al autor de la crónica enviarle una carta al padre Arévalo, en la que le suplicaba su regreso. El efecto fue el contrario: puso en ascuas al renombrado profesor (vicerrector de la Universidad Tomística de 1955), quien divulgó el contenido entre los antisedanistas y envió copia a Roma.

En la epístola del director de *Verbum* y del Copred, fray Alberto Cárdenas Patiño, se alegaban los derechos de la verdad y se reivindicaba el derecho-deber de no aceptar afirmaciones sin la criba de la propia razón. A los antisedanistas molestaba que se insinuase un rifirrafe entre profesores, semejante al de los ciegos del apólogo árabe, que tratan de establecer la forma del elefante, guiados por lo que cada uno palpa: de columna (pata), de serpiente (moco), de barril (panza), de lazo (cola), de lanza (colmillo), de tapete (oreja). Incapaces de integrar las distintas experiencias táctiles.

Además de denunciar el criticismo estudiantil, los antisedanistas descalificaban los cambios de método docente (con preferencia por la *disputatio* libre), el reemplazo del latín por el español y la apertura a las ciencias sociales, con énfasis en los enfoques de crítica histórica y la investigación personal o por equipo, utilizando fuentes especialmente en francés. La biblioteca del Convento de Santo Domingo se convirtió en el gran arsenal para las necesidades de los aprendices de *pugiles fidei* (dominicanos: perros del Señor, como sugería la iconografía de Santo Domingo).

Pronto nos familiarizamos con los grandes nombres del Concilio: los dominicos Chenu, Congar, Schillebeeckx, y los renombrados jesuitas Rahner, De Lubac, Daniélou. Otros grandes nombres se nos iban presentando: Sertillanges, Sartre, Ortega, Unamuno, Bergson, Mounier, Camus, Marcel, Teilhard de Chardin, Romano Guardini. Pero nos fuimos encontrando con que muchas obras estaban censuradas de la peor manera: ilas pastas no guardaban sino algunos capítulos! El resto, lo posiblemente más interesante, había desaparecido por bistori o arrancadura.

Los opositores se quejaron a Roma y solicitaron la salida de fray José de Jesús —a quien mudaron el apellido Sedano por “Se-daño”— y de sus coequi-

peros padres Flórez y Alfonso, junto con el “irreverente” director de la revista, quien debió perderse en la polvorienta y moribunda Villa de Leyva, aún no empedrada ni restaurada para el turismo. Sedano y Flórez fueron a dar a México y Alfonso cayó en Chile, donde pudo conocer de cerca el modelo político de Salvador Allende, corriendo el riesgo de ser fusilado tras el golpe de Pinochet. Nuestro exrector será enviado, más tarde, a la Universidad Santo Tomás de Roma. Y todo sin “debido proceso”.

El provincial de entonces, fray Campo Elías Claro, estuvo en desacuerdo con los opositores quejosos y protestó por los destierros, por lo que fue destituido y reemplazado por un provincial italiano impuesto: fray Jordán Verona. Fray Campo Elías mantuvo su equilibrio, a pesar de haber sido marginado. La virtud de la fortaleza lo había habituado a la serenidad. Fray Campo Elías, Sedano, Alfonso y Flórez hubieran podido respaldar la dura crítica del padre Congar, víctima en 1955 de tratamiento parecido por parte de la curia de la orden:

Todo esto revela el nivel de la Curia O. P. Una de las cosas que literalmente me enferman. Gente valiente, muy piadosa, buena, digna. Gente que en la vida civil serían oficinistas o contables de una pequeña tienda de confección, pero que nunca podrían estar a la cabeza de la Orden de los Hermanos Predicadores, pugiles fidei!!! ¿Qué saben ellos o qué representan dentro del combate de la fe? ¿Qué compromisos personales tienen? ¿Qué peso tienen los objetos, la verdad de las cosas, que es la que es y que nada ni ninguna conveniencia in altis o en cualquier otra parte puede cambiar? Y si no existe un culto incondicionado de la verdad de las cosas, ¿qué queda del espíritu de San-

*to Domingo y de Santo Tomás? ¿Es esta la Orden de Santo Domingo?*¹⁸

Refiriéndose a esa crisis de 1963, el mismo padre Sedano rememoraba en 2002:

Verdadera prueba de fuego en la que —en una etapa de nuestra historia, paradójicamente contemporánea a la celebración del Concilio Vaticano II— quedaron literalmente calcinadas muchas de nuestras más caras esperanzas y, con ellas, quemados también algunos de sus más comprometidos protagonistas. Quemados, que no destruidos, porque pudieron decir con otro gran comprometido de su tiempo:

*Vuelvo a sentir en mis talones las costillas de Rocinante. Muchos me dirán que soy aventurero. En verdad lo soy. Pero aventurero de una especie diferente: de los que arriesgan el pellejo por probar que lo que creen es verdadero*¹⁹.

¿Qué pasó con Alberto Cárdenas, el director de *Verbum* y del Copred, *alouette*²⁰ desplumado? De

18 *Ibidem*, pág. 382.

19 José de Jesús Sedano González, *Pedagogía de la respuesta*, Bucaramanga, Universidad Santo Tomás, 2002, pág. 25.

20 En nuestro curso, asimilamos como identificadores y como himnos de nuestro grupo y de nuestras vidas la ronda *Alouette*, enseñada por fray José de Jesús, y la cancioncita *Black Sheep*, aprendida en la inducción al inglés del *gentleman* profesor Niño Molina. Con el tiempo, algunos tratamos de interpretar el alcance simbólico de las dos tonadas y resolvimos que podían convertirse en auténticos indicativos de vida al estilo dominicano, apremiados por preguntarnos acerca de nuestros destinos frente a los grandes desafíos humanos de nuestro tiempo. Tras alguna investigación ornitológica, entendimos que debíamos ser como la *alouette* o la alondra, que canta y vuela al amanecer, anida en el suelo —corriendo el riesgo de que los depredadores la desplumen— y cuida de plagas los cultivos de cereales: resultaba una invitación a actuar temprano y con alegría para despertar conciencias, comprometidos con las necesidades de los hombres. La alegoría de *alouette* invitaba a madrugar y a no esperar e búho de Minerva, que vuela al anochecer para comprender filosóficamente los trabajos de los hombres. En cuanto a *Black Sheep*, era una primera lección de justicia distributiva, sin exclu-

Villa de Leyva regresó a Bogotá, donde se le exigió cambiar el hábito por la sotana y fue chutado al Seminario Mayor de Bogotá (con buena acogida por los padres sulpicianos canadienses), y de allí fue lanzado al “mundo” por petición expresa del maestro general, fray Aniceto Fernández. Sin embargo, Aniceto, arrepentido, le dio una recomendación para beca en la renaciente Universidad Santo Tomás; pero el rector restaurador, en recibéndola, la rasgó en trocitos, afirmando enfático: “El maestro general manda en Roma, ¡pero aquí mando yo!”. Y le recomendó no volver a la Universidad recién restaurada, ni a Santo Domingo, ni a San Alberto. Su talante “naturalista” y su posible contaminación “filocomunista” podían inficionar a los jóvenes tomasinos o a los incautos formandos. Para que el *alouette* no tuviese pretexto de volver al convento, a su hermano de 11 años se le negó la matrícula del año siguiente en el Colegio Jordán de Sajonia.

Entretanto, el *alouette* desplumado estudió Filología y Derecho en la Universidad Libre, hervidero de grupos de izquierda. Pero no perdió su “dominicanidad” esencial. Sentía algo parecido a lo que confesaba Congar en su diario: “... sobre todo soy hermano predicador ontológicamente: los dos, el sustantivo y el adjetivo. Aun en el caso de que dejara la Orden desde el punto de vista canónico, siempre sería dominico”²¹. Parece que algo semejante vivieron en su forzoso estado laical los expulsados Alfonso y Flórez. Dejándose la barba para no ser descubierto, el desplumado *alouette* pudo regresar a la Universidad Santo Tomás ocho años después, por recomendación de fray José de Jesús Sedano y autorización del decano administrativo de Filosofía fray Joaquín Zabalza Iriarte.

sión: la oveja negra reparte su lana en cantidades iguales: tres costales llenos, uno para cada uno: para su dueño, para su señora y para la niñita (o niño) que llora en la calle.

²¹ Congar, *op. cit.*, pág. 482.



“Fray José de Jesús Sedano: toda una vida fiel al llamado de Dios”.

La restauración exitosa, en 1965, de la Universidad Tomística fue impulsada por un sector muy influyente de antisedanistas, encabezados por fray Luis J. Torres (compañero con-novicio de “Se-daño”), doctor del Angelicum y licenciado de la Pro Deo, quien tenía experiencia en asuntos colegiales, especialmente en la rectoría del Colegio Santo Tomás, que se había restaurado a fin de que en el futuro pudiera ofrecer las condiciones físicas y académicas básicas para la restauración de la Universidad, recordando que de la misma manera había nacido la Universidad Tomística en 1580. En la inteligencia universitaria de fray Luis, se agitaban ideas de gran alcance político y social, derivadas de su tesis doctoral *Principios tomis-*

tas para una sociología de la persona humana, que hallaron acogida entre los miembros del profesorado restaurador. Pero sorprende que la consolidación de la restauración se fue cimentando también con la presencia gradual de antiguos jordanianos, imbuidos, unos más, otros menos, del sedanismo colegial, con ingredientes del sedanismo del Estudio General, potenciado por los talentos creativos de los magníficos frailes Alfonso y Flórez, y de algunos laicos dominicos. Naturalmente que no faltó en los más calculadores una pizca secreta de astucia chiquinquireña, o paisa o cundiboyacense, pues había que “caer parado”.

Durante la primera década de la Universidad Santo Tomás colaboraron religiosos y laicos de formación jordaniana, como docentes o como directivos, hasta alcanzar la vicerrectoría general, puente para llegar a la rectoría general durante las dos décadas siguientes. Entre la cuarta y la quinta décadas, fungieron dos jordanianos como nuevos rectores generales. El mejor jordaniano, fray José de Jesús, luego de sus destierros a México y a Roma, aceptó vincularse a la Universidad como docente y esta le publicó disertaciones y textos, entre ellos, *El método teológico de Santo Tomás de Aquino*, de 1970, convertido en guía epistemológica para quienes cultivaban el tomismo que la Universidad reclamaba como referencia institucional para el diseño de sus currículos, haciendo honor a su propio patrono desde la fundación en 1580.

El sedanismo colegial evolucionó naturalmente al neosedanismo del Estudio General y este dio un nuevo giro enriquecedor al encontrarse en el seno de la Universidad Santo Tomás con una corriente convergente en proceso de aclimatación por el inteligente vasco fray Joaquín Zabalza Iriarte, digno interlocutor del santanderiano. Las dos historias personales se articularon, y con la intervención de otros frailes españoles, echaron a andar una forma de humanis-

mo institucional que impulsó publicaciones y congresos internacionales, bajo la consigna del filosofar latinoamericano.

La Escuela Dominicana de Salamanca del siglo XVI era raíz común del vasco y del santanderiano. Coincidían en que un ingrediente básico de la modernidad eran las declaraciones de derechos humanos, y que los fundamentos para ello los habían tendido los teólogos dominicos de Salamanca: Francisco de Vitoria, el fundador del derecho internacional público; Bartolomé de Las Casas, activista de los derechos humanos y de la justicia protectora. Esta convicción compartida motivó el interés por el filosofar latinoamericano y la búsqueda de una filosofía de la liberación. No obstante, fray José de Jesús se fue retirando, hasta radicarse en la comunidad tomasina de Bucaramanga, donde los sucesivos directivos han estado pendientes de sus maduraciones intelectuales para ofrecerle el estímulo de las publicaciones.

Por donde se ve que el antisedanismo parecía tener razón, pero que el sedanismo era “duro de matar”, y que sus viejos alegatos eran válidos: se sigue corriendo el riesgo de que los jóvenes dominicos se enfrenten por puestos en el notablato universitario, aspirando a rectorías o decanaturas, y se vaya olvidando lo esencial: estudiar para el servicio intelectual del pueblo de Dios, *pugiles fidei* que escriben, enseñan, debaten, publican, planteando sin descanso las nuevas “cuestiones disputadas” para orientar a los creyentes o no creyentes, pues la misión del dominico es de fronteras y en ellas también habitan quienes viven y piensan distinto. Por supuesto que los administradores y directivos siempre harán falta, pero hay vocaciones y aptitudes para esas tareas de *know-how* en función del apoyo y de la cooperación a la misión de la orden, al margen de la *cupiditas dominandi*.

Retomemos la socorrida y casi olvidada dialéctica ternaria de la década de 1960: tesis/antítesis/síntesis,

y tratemos de aplicarla “a brocha gorda” al devenir dominicano colombiano. Tesis: es prioritario estudiar para que los intelectuales de la fe puedan penetrar en los distintos niveles educativos, con preferencia en la educación superior. Antítesis: es prioritario restaurar nuestra antigua *alma mater*, que nos da presencia en la vida cultural, científica y profesional. Síntesis: restaurada la Universidad Tomística, hay que estudiar para predicar desde dentro y hallar puentes hacia las demás instituciones de educación superior, buscando la interinstitucionalidad, lo que hizo bastante bien el rector restaurador.

Están vigentes en la Universidad Santo Tomás, aquí y allí, ideas y propuestas de procedencia jordaniano-sedánica y los jordanianos infiltrados han podido operar, para bien de la Universidad, por más de cincuenta años. El antiguo director de *Verbum* pudo colaborar durante más de cuarenta años (aunque él no se reconoce méritos especiales), gracias a que los procesos dialécticos superan las contradicciones y a que el rector restaurador lo nombró representante suyo ante el Consejo Superior y le asignó el cargo secreto de guardaespaldas personal en los terribles días de las huelgas estudiantiles de la década de 1970. Sin duda, no fue por lo anterior, pero el viejo *alouette* parkinsoniano, de repente, en 2012, sintió que recuperaba sus plumas al recibir de la Universidad Santo Tomás el doctorado *honoris causa* en Filosofía.

Frater Alberto, Priorato Jordaniano, 2017

